

Prólogo al libro de Timothy Radcliffe,
«¡Escuchadle!» Por una espiritualidad sinodal
*a cargo de Card. Michael Czerny S.J.*¹

Leer un libro de Timothy Radcliffe es como respirar, lentamente, una profunda bocanada de aire fresco. Vigoriza el corazón y apacigua el espíritu. Cualquiera que haya leído alguna de sus obras anteriores tal vez haya podido tener esta experiencia. Las páginas que siguen son diferentes de las que nos ofreció en el pasado el dominico inglés, antiguo Maestro de la Orden de Predicadores. Tienen el sabor de la fruta madura, de una síntesis que transmite la experiencia de fe de toda una vida.

Radcliffe ofrece a la Iglesia y al mundo una reflexión incisiva sobre la sinodalidad, que es a la vez profunda y accesible a todos. Al abordar este tema, lo hace desde una perspectiva concreta, pues lo considera una oportunidad de imaginar una Iglesia “de puertas abiertas”, acogedora y hospitalaria, en la que todos puedan encontrar un lugar y vivir juntos como hijos e hijas en la casa del Padre (cf. EG 47). Es esta actitud de sabiduría la que permite al P. Timothy comunicar con sencillez verdades de fe profundas, situando su manera de hacer teología en continuidad con esa multitud de autores (Chenu, Congar, De Lubac, Daniélou, por citar sólo algunos) que cuestionaron la idea de un cristianismo monolítico u homogéneo.

Todo ello con esa dosis adecuada de humor inglés que siempre ha caracterizado su obra. La capacidad de captar con ingenio y retratar con perspicacia ciertos aspectos de la vida cristiana, provocando una sonrisa, pero sin perder un ápice de profundidad, no sólo es un talento poco común, sino también un poderoso antídoto contra la retórica estéril. El lector no tiene la impresión de estar ante un predicador erudito, sino más bien ante un viejo amigo con el que poder entablar una conversación agradable, como tenemos la oportunidad de hacer, de vez en cuando, el P. Timothy y yo.

Este libro reúne un conjunto de escritos y una serie de conferencias que el P. Timothy ofreció en diversas ocasiones y que están unidos por un mismo propósito, el de

¹ Prefecto del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral

reflexionar sobre el tema de la sinodalidad. El texto se divide en tres partes. La primera parte presenta las seis meditaciones que impartió para los miembros de la Asamblea del Sínodo sobre la Sinodalidad durante el retiro espiritual que tuvo lugar en Sacrofano, a principios de octubre de 2023, y que se han publicado en el orden en que fueron pronunciadas. En la segunda parte se presentan las tres meditaciones que abrieron las sesiones en el aula del Sínodo, durante el transcurso de la propia Asamblea. En la tercera parte, como apéndice, se incluyen cuatro breves “epístolas” que fueron dirigidas, con anterioridad, a la familia dominicana. Ofrecen una visión clave sobre la corresponsabilidad y la participación de los fieles en el buen gobierno de la Iglesia.

La presente obra es una recopilación coherente sobre la sinodalidad y no un libro de texto sistemático. Varios temas clave pueden ayudarnos a comprender el pensamiento del P. Timothy aquí expuesto y orientar nuestra reflexión. Estas cuatro palabras clave ayudan a profundizar en el significado de la sinodalidad, explican su riqueza y evitan reducir su alcance a un mero procedimiento de toma de decisiones intraeclesial.

Esperanza

Una de las reflexiones más conmovedoras de Radcliffe es su claro enfoque sobre la finalidad del Sínodo sobre la Sinodalidad: no busca producir más documentos, sino abrir horizontes de esperanza. Convocados de diferentes partes del mundo, de diferentes experiencias de vida, con responsabilidades y ministerios diferentes y complementarios, los participantes en el Sínodo trajeron consigo expectativas y sueños, pero también temores y preocupaciones. No debe desanimarnos ni alarmarnos el hecho de que no convergieran en las mismas expectativas, sino más bien que surgieran “esperanzas contradictorias”. Radcliffe aduce que la naturaleza divina y humana de Jesús nos muestra cómo la experiencia de crisis es el marco en el que se manifiesta la esperanza; en el preciso momento en el que estaba a punto de ser entregado en manos de los violentos, Jesús se ofreció a sí mismo, en pan y en vino, a sus discípulos en la Última Cena. Éste es el significado paradigmático de la esperanza evangélica: disipar la oscuridad que se cierne sobre un futuro que parece estar cerrado, representar una amenaza o estar condenado al fracaso. La esperanza cristiana es eucarística, puesto que reconoce las vulnerabilidades, las limitaciones y los obstáculos del tiempo presente y, a pesar de ello, se abandona con

confianza en las manos de Dios, con la certeza de que Él puede transformar, lo que, a los ojos del ser humano, parece imposible o estar inevitablemente destinado al fracaso.

Unidad/Pluralidad

La Iglesia mantiene y renueva su fidelidad a Cristo en la dialéctica entre identidad y misión. Esta "tensión polar", como la definiría el Papa Francisco, inspirándose en Romano Guardini, es inevitable. Sin embargo, no debe interpretarse en términos negativos o conflictivos. Más bien, la tensión entre identidad y misión debe entenderse como un recurso. La Iglesia se sitúa en la línea divisoria entre el pasado y el futuro, plenamente insertada en el movimiento de la historia, en la actualización y desarrollo de la salvación, entre el "ya" y el "todavía no".

Dos dimensiones pueden ayudar a articular de nuevo la relación entre identidad y misión, dentro y fuera de la Iglesia. En el seno de la Iglesia, la identidad cristiana no debe concebirse como uniformidad, dado que el mensaje evangélico es totalmente inclusivo; toda cultura es terreno fértil para la semilla de la Palabra de Dios. Además, la Iglesia se enfrenta al reto de repensar sus estructuras y su forma de entender el ministerio, de modo que sean lo más dinámicas, amplias y abiertas a todos los bautizados. Radcliffe insta a vivir la sinodalidad como una doble oportunidad para comprometerse con el reto de inculturar la fe, por un lado, y por el otro, el de promover la participación de los fieles laicos en la vida y en la gobernanza de las comunidades católicas.

Más allá de los confines de la Iglesia, el anuncio del Evangelio no puede interrumpir su diálogo con el mundo contemporáneo, sino que debe mantener una comunicación constante con la pluralidad de visiones y de experiencias de lo que significa ser humanos. Esto representa un desafío para nuestra idea de misión y nos invita a reflexionar sobre quiénes son sus destinatarios. ¿A quién está orientada nuestra misión? ¿Nuestra acción pastoral se dirige únicamente a los que ya han encontrado su "lugar" en la Iglesia, o se caracteriza por un movimiento hacia el exterior, que sale en busca de los que no se sienten como "en casa" en nuestras comunidades? Es esencial, también, replantear el papel de la mujer en la Iglesia, tratar con la debida seriedad las dificultades que experimentan las personas a causa de su orientación sexual y acoger a quienes no se sienten bienvenidos en la Iglesia.

Amistad

El anuncio del Evangelio no se traduce en un acto de comunicación fría de verdades divinamente reveladas, en la transmisión de simple información. Para que sea realmente eficaz a la hora de dar rienda suelta a la fuerza vivificante y transformadora de la Palabra de Dios, este anuncio tiene que producirse en el seno de relaciones auténticas. Es el ofrecimiento de una "amistad sin límites"; es un encuentro entre personas diferentes que reconocen su unidad en el abrazo cálido de Dios. Cuanto más improbable parezca una amistad, tanto más se revelará el poder de Pentecostés. Sobrepasar los límites establecidos, éste es el modo de actuar de Dios; es el significado mismo de la historia de la salvación. En Cristo, Dios superó la distancia que le separaba de los hombres y asumió nuestra condición humana.

Radcliffe observa con pesar cómo, en la fase de escucha del Sínodo que se llevó a cabo a nivel local, fue el clero el que se mostró más reticente a la hora de aprovechar la oportunidad de emprender un viaje sinodal. Una resistencia tácita y de baja intensidad, que por lo general se expresó de manera indirecta y que puso de manifiesto sus recelos, dudas y dificultades. Es necesario interrogarse sobre el modo en que se presenta la identidad del sacerdote, en particular, durante la formación de los candidatos al ministerio ordenado. Al mismo tiempo, se nos insta a repensar la esencia del ministerio sacerdotal haciendo hincapié en la centralidad de la amistad creativa, el arte de tejer relaciones y recomponer las relaciones quebrantadas. Esto se halla en el corazón mismo del ministerio sacerdotal; cultivar una imaginación compasiva, capaz de ponerse en el lugar del otro, de entrar "en su piel", dispuesto a comprender su experiencia de vida, a empatizar con el sufrimiento causado por aquellas heridas que pueden alejarnos de Dios. Es así como la Iglesia lleva la presencia reconciliadora del amor de Cristo. La amistad, en este sentido, es un antídoto contra el deplorable flagelo del clericalismo, pero también una clave para interpretar de manera correcta el principio de autoridad en la Iglesia. La amistad pone de relieve una comprensión renovada, que es más fiel al Evangelio y más receptiva a la hora de responder a los retos que plantea la complejidad del mundo actual.

Autoridad

Radcliffe no oculta el hecho de que la Iglesia se enfrenta hoy a una grave crisis de autoridad. Ésta debe evaluarse a varios niveles, prestando atención a los numerosos

aspectos subyacentes. En primer lugar, esta crisis forma parte de un contexto mucho más amplio, que afecta a todas las instituciones a nivel mundial. En segundo lugar, la crisis de autoridad a la que se enfrenta la Iglesia está estrechamente relacionada con la dolorosa cuestión de los abusos sexuales, que ha mermado la credibilidad del testimonio de la Iglesia. Por último, la Iglesia se enfrenta también al reto de repensar la autoridad en su totalidad, concretando su expresión a través de formas de gobernanza que pongan en práctica las enseñanzas doctrinales del Concilio Vaticano II, sobre todo redescubriendo la dignidad de cada fiel que emana del bautismo.

Radcliffe aborda esta cuestión multidimensional, relejendo los aspectos trascendentales del ser (la belleza, la bondad, la verdad), para luego centrarse en el fundamento de la autoridad en el Evangelio. Es interesante observar el orden en el que se presentan estos aspectos: en primer lugar, la belleza, después la bondad y por último la verdad. ¿Por qué? Porque sin la belleza que atrae, sin la bondad que nos permite bajar nuestras defensas y deponer nuestras armas, la verdad puede resultar abrumadora. La defensa de la doctrina por sí misma puede generar un estilo de autoridad que oprime y homogeneiza.

Aquí, como punto de partida para anunciar la Buena Nueva, la belleza surge como "puerta" que se abre y nos dispone al diálogo. La bondad mantiene entonces el esfuerzo por evitar que seamos contagiados por el mal y contaminados por la fealdad. La verdad se encarna en la revelación de la mirada de Dios sobre la humanidad, que tiende hacia su plenitud final en el Reino, como un proyecto que debe vivirse aquí y ahora, mientras avanzamos juntos. La autoridad brota del presentarse a uno mismo con la verdad, sin ocultar errores ni defectos. Es la verdad la que nos hace libres y creíbles. Sólo se puede poner en práctica renunciando a la pretensión de control y superando el miedo a ser visto como "insuficiente".

Para que la autoridad pueda configurarse de un modo inédito en la Iglesia, debemos concebirnos a nosotros mismos y comprendernos como un "nosotros" en el que las diferentes identidades son complementarias. El ejemplo conciliador de Santiago en el "sínodo" de Jerusalén, tal y como se narra en los Hechos de los Apóstoles (15,1-34), resulta paradigmático. La aparición de nuevos procesos es parte de la definición de una identidad eclesial plural, que es más plenamente católica, ya que incluye todas las subjetividades que la componen. Lograr esta nueva expresión de autoridad en el gobierno de la Iglesia requiere tiempo y paciencia. Si se tiene en cuenta la velocidad que nos impone el tiempo presente, a través de mecanismos de consumo de masas y la posibilidad de una

comunicación instantánea, la Iglesia no debe temer avanzar a “un ritmo más pausado”. La gradualidad de los procesos sinodales puede resultar contracultural, puesto que su éxito no radica en la posibilidad de alcanzar un objetivo preconcebido, sino más bien en permitir que los individuos que participan en dichos procesos, como una sola Iglesia, puedan experimentar la conversión del corazón y de la mente.

El ejemplo de los dominicos demuestra cómo el ejercicio de la autoridad consiste en dar a cada persona una forma de encontrar su propio “poder”. La autoridad, concebida como servicio, liderazgo auténtico, no representa una amenaza para los que están sometidos a ella, como tampoco saca fuerzas del debilitamiento causado a otros. El buen gobierno funciona cuando reconocemos y respetamos la autoridad que cada hermano o hermana comparte y rechazamos cualquier forma individual de autoridad. Es un ejercicio de responsabilidad compartida, en el que el cumplimiento de la vocación del otro es considerado como parte de la plena realización de la propia vocación.

Antes de dejar al lector con la profunda alegría de entrar en el pensamiento de Radcliffe, quisiera dar las gracias personalmente a Timothy, por habernos brindado estas meditaciones sobre la sinodalidad, mostrándonos cómo el acto de enseñar hoy se desarrolla a través de un gesto de amistad, generoso y muy necesario.

Cada renglón de este texto emana el ardiente deseo del P. Timothy de sumergirse en la cultura contemporánea, de reconocer y escuchar sus múltiples voces, de abrazar sus temores y expectativas. Esto se desprende de las numerosas citas de libros, de películas y de música que nos atraen al esfuerzo y al deseo de confrontarnos con los acontecimientos actuales. De este modo seremos capaces de reconocer en la historia y en la cultura aquel “lugar” providencial en el que poder encontrar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo y a Dios mismo, que se hace cercano, manifestando su presencia a través del anuncio de la Buena Noticia, que es de por sí el don de su salvación.